

**SUPER
HÉROES**

de **ROBERTO SANTIAGO**

LOS ONCE

EL DELANTERO QUE VOLABA AL ATARDECER



DESTINO

Ilustrado por Nacho Velmar



LOS ONCE

EL DELANTERO QUE VOLABA AL ATARDECER

ROBERTO SANTIAGO

Ilustrado por Nacho Velmar

DESTINO



El balón baja directo hacia mí.

Salto.

Pero...

¡Nada!

¡No llego a controlarlo!

Se oye un murmullo de decepción en las gradas.

El defensa rival lo despeja con todas sus fuerzas.

Resoplo desesperado.

Casi no queda tiempo.

En estos momentos, estoy jugando el partido más importante de mi equipo: el Estrella Polar F. C.

Contra nuestro máximo rival: Los Hurones de Versalles.

Quedan unos pocos segundos.

Y estamos empatados.

Mi compañera Ximena recibe el balón.

Me señala.

Exclama:

—¡Rana!

Rana soy yo.

—¡Tuya, Rana! —repite.

Y me lanza un pase en profundidad.

Ximena tiene unos ojos muy verdes y unas pestañas larguísimas que parecen llegar hasta el cielo.

Lleva el número 10 en la camiseta.

Yo llevo el 11.

Corro a toda velocidad.

Ahora sí tengo que alcanzar el balón.

Es nuestra última oportunidad.

Si consigo meter gol, ganaremos el partido.

Seremos campeones de la LESECU: Liga Escolar de la Serranía de Cuenca.



Y, por supuesto, me convertiré en el héroe del Estrella Polar.

Si fallo..., todo será un desastre.

Mis compañeros me culparán a mí.

Dirán: «¿Para qué te dejamos jugar con nosotros?».

Me echarán del equipo.

Y seguiré siendo el eterno novato que nunca se adapta ni tiene amigos.

Sé que puede parecer una exageración, pero es la pura verdad.

Todo depende de lo que ocurra en los próximos segundos.

De reojo, observo en la grada a mi padre y mis hermanos, más nerviosos que yo.

Mi madre está en la banda, muy atenta.

Ha venido el pueblo entero a vernos, nadie se quiere perder el partido definitivo.

Me fijo en un grupo de palomas posadas sobre los alambres que rodean el campo.

Incluso ellas parecen interesadas en el partido.

—¡Vamos, Rana! —exclama Ximena.

Corro, corro, y al fin...

Llego hasta el balón.

Lo controlo con el interior del pie.

No hay tiempo que perder.

Tengo delante de mí al defensa central de Los Hurones.

Y, justo detrás, la lateral me pisa los talones.

Empieza una cuenta atrás angustiosa:

10 segundos para el final del partido.

Al fondo, el Manco, el arquero rival, se ajusta la gorra.

Lo llaman así porque tuvo un accidente en una visita a la central nuclear que hay a las afueras del pueblo.

Perdió la mano.

Y le pusieron una de titanio.

Como a los androides.

9 segundos.

La lateral es muy rápida y viene embalada, la tengo casi encima.

El central también avanza hacia mi posición.

Aguanto el balón.

Y, en el último instante, me aparto con un movimiento rapidísimo.

La lateral pasa a toda velocidad a mi lado... ¡y se lleva por delante a su propio compañero!

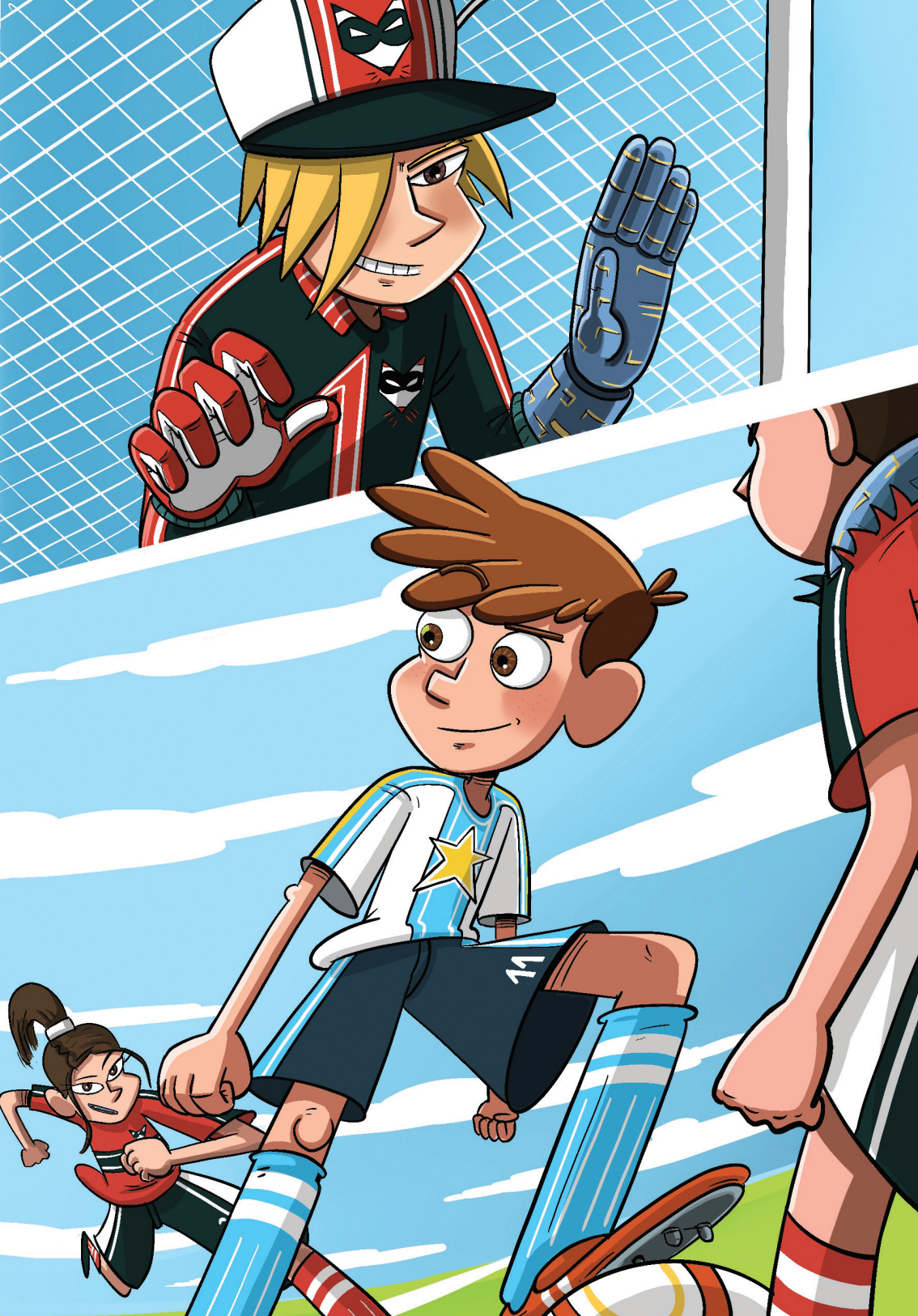
8 segundos.

Los dos defensas han quedado en el césped hechos un ovillo.

Entro por el pico del área.

Se pueden oír los gritos en la grada:

—¡Rana! ¡Rana! ¡Rana!



Y en el otro extremo:

—¡Manco! ¡Manco! ¡Manco!

7 segundos.

Ahí estoy:

Solo delante del arquero.

Es una oportunidad clarísima.

—¡Tú puedes, Rana! —exclama mi entrenadora desde el banquillo.

Sé que ella confía en mí, espero no defraudarla.

6 segundos.

El Manco se queda clavado en el arco.

Aguanta sin moverse, con los brazos extendidos, esperando a ver qué hago.

Puedo intentar regatearlo.

O patear desde ahí mismo.



Pero, sea lo que sea, ¡tengo que hacerlo ya!

Oigo más gritos de la entrenadora, de mi padre, de mi hermano... No sé qué debo hacer, ¡es demasiado complicado!

5 segundos.

De nuevo, tengo a los defensas de Los Hurones pisándome los talones.

Uno me golpea por detrás en un tobillo.

La otra intenta agarrarme de la camiseta.

Me empujan con las manos, me dan patadas, me golpean la espalda...

Pero aguanto.

4 segundos.

Si me concentro mucho, puedo oír el latido acelerado de mi corazón.

Tic-tac, tic-tac.

Tengo que disparar.

Tengo que conseguirlo.

¡Ya!

3 segundos.

Una gota de sudor me cae por la frente.

Choca contra la superficie de cuero del balón y estalla en miles de microgotas diminutas.

Todo a mi alrededor parece ir a cámara lenta.

El dolor en mi espalda va en aumento.



Tengo el corazón a punto de explotar.

Tic-tac, tic-tac, tic-tac.

2 segundos.

El sol se refleja en la mano de titanio del Manco.

No voy a conseguirlo: ¡es el mejor arquero de la liga!

Vuelven a golpearme por detrás.

En el tobillo.

En la rodilla.

Una y otra vez.

En ese instante, una paloma atraviesa el campo, volando casi a ras del suelo.

Pasa muy cerca de mí, me roza.

Pego un salto...

1 segundo.

Cierro los ojos.

Respiro hondo.

Tic-tac, tic-tac, tic-tac, tic-tac.

Despego los pies del suelo...

¡Y echo a volar!